

en un principio, imponer á los anglos y servir de guía á sus artífices para la conveniente construcción de los edificios profanos, pero difícilmente pudo impulsarles á producir obras originales. En cambio, los grandes edificios religiosos, cuya construcción comenzó apenas hubo asentado firme pié la Iglesia romana, despertaron las dotes artísticas de los alemanes y les dieron ocasion frecuente de estudiar las obras de los maestros que acudieron del extranjero, y por último de imitarlas. Wilfrido de Northumberland, que con auxilio de esos artistas extranjeros llevó á cabo muchas y grandes obras, mereció asimismo bien de sus compatriotas por haberles enseñado mas de lo estrictamente necesario y haberles presentado modelos que hasta entonces no habían conocido. Mandó reconstruir el derruido templo de York, cubriéndolo de plomo, y edificar de planta, en Ripon, un gran templo de piedra labrada que adornó con singular riqueza. En Hexham, por último, hizo construir un templo tan grandioso, con tan preciosas puertas, tanta profusión de columnas y tan magníficos cuadros que, en opinion de su biógrafo, no había otro igual en Italia. Entonces se reanudó, en cierto modo, el hilo que había estado roto durante tanto tiempo, desde que los romanos habían abandonado la Britania.

La armonía que reinaba entre los reyes Oswin de Northumberland, Egberto de Kent y Wulfher de Mercia, que murieron el primero en 15 de febrero del año 670, el segundo en julio del 673, y el tercero en 675, hizo posible la reorganización de las relaciones eclesiásticas, que se llevó á cabo en el espacio de pocos años y que casi estaba terminada cuando el arzobispo Teodoro reunió, en 24 de setiembre del año 673, en Hartfort, el primer sínodo nacional, al cual asistieron los obispos Bisi de Estanglia, Putta de Rochester, Eleuterio de Wessex y Winfrido de Mercia, y los representantes de Wilfrido de Northumberland, dejando únicamente de concurrir los prelados de Sussex y Essex. Los acuerdos tomados por este sínodo demuestran cuáles eran los asuntos que mas interesaban despues de la partida de la mision escocesa y el antagonismo que con esta existía. En virtud de aquellos acuerdos, la Pascua debió celebrarse segun el cómputo romano, se respetaron las demarcaciones de las diócesis episcopales, se puso término á la inacción de monjes y sacerdotes, y se prohibió el ejercicio del sacerdocio sin permiso del obispo diocesano. La Iglesia se encontró en una posición difícil enfrente del pueblo, en lo que se refería á la validez canónica de los matrimonios y á la prohibición de los divorcios fundados en el simple capricho. Los obispos convinieron, por lo demás, en volverse á reunir en 1.º de agosto próximo, en observar entre ellos cierta categoría segun la época de su consagración, y en estudiar la creación de nuevos obispados cuando la hiciera necesaria el aumento de fieles.

Este aumento de obispados se llevó á cabo durante la siguiente década, comenzando despues de la muerte de Bisi de Estanglia (Dunwich), acaecida apenas cerrado el sínodo. Entonces se crearon obispados especiales en Norfolk y Suffolk, señalándose como puntos de residencia Aylsharw y Sadbury respectivamente. Cuando despues el rey Ecfrido, hijo de Oswin, conquistó, durante la guerra contra Mercia, á Lincoln, creó tambien en esta ciudad un obispado especial; y cuando en 678 disputó con el obispo Wilfrido, desterrándole, dividió la diócesis de Northumberland, demasiado grande, de acuerdo con el arzobispo Teodoro, en las dos de Deira y Bernicia, señalando como residencia de los nuevos obispos las ciudades de York y Hagulstad (Hexham) ó Lindisfarne. El último de estos obispados fué, á su vez, subdividido tres años despues, y á instancias de Teodoro, en las diócesis de Hexham y de Lindisfarne, fundándose otro en

Abercornig, en la parte meridional de la comarca de los pictos, á cuyo frente se encontraba entonces Ecfrido. Por último, en la misma época en que fué destituido Wilfrido de Northumberland, el obispo Winfrido de Mercia tuvo que ceder á la voluntad del arzobispo, en virtud de la cual las comarcas del Anglia Central y Hwycas, que dependían de Mercia, tuvieron sus obispados propios, aquella en Chester y esta en Worcester. Los megesetas, al Oeste del Savern, consiguieron, en la siguiente década, tener tambien el suyo, cuya residencia fué Herford.

Sussex y Wessex eran las únicas diócesis que no habían llevado su representación al sínodo del año 673, aquella, probablemente, porque había fallecido el obispo Wini y no había sido nombrado todavía su sucesor, y esta por ser un territorio donde la Iglesia se encontraba todavía en su primitivo período. Cierta que había en ella un pequeño convento en el cual algunos monjes escotos veneraban á su manera al Señor, pero aquellos religiosos no ejercían influencia alguna en el pueblo, y si el rey Ethelwalch se había hecho cristiano era porque su conquistador Wulfher de Mercia así lo había querido, y porque, como regalo de bautismo, le había cedido las provincias tomadas en 661 á los sajones occidentales, es decir, la isla de Wight y el territorio de Meenwara, al Sur de Hampshire. Por otra parte, el paganismo no se mantenía ya firme en el ánimo de las poblaciones, y si subsistía era solo porque nadie hasta entonces se había cuidado de la Sajonia meridional, separada del resto del mundo por peñascos y bosques, ni nadie había procurado su conversión. Wilfrido conservaba la jurisdicción sobre estos territorios, el cual, despues de su destitución, se había justificado, ante el sínodo romano de octubre de 679, de todos los cargos que le dirigían sus adversarios. No habiendo podido, sin embargo, obtener la reposición en su antiguo obispado, y en vista de que ni Mercia ni Wessex querían admitirle, dedicó su actividad á aquel suelo, virgen bajo el punto de vista religioso. De Ethelwalch obtuvo la península Selsea, donde fundó un convento desde el cual extendió su influencia (desde 680 á 685) por la Sajonia meridional, de tal manera que, desde aquel momento, Sussex fué verdadero campo de misiones. Pero tambien es posible que las terribles devastaciones que sufrió Sussex por parte de los sajones occidentales en aquellos mismos años, dejaran poca gente que pudiese ser materia de conversión. La causa de la guerra fueron aquellas mismas provincias que Sussex había consentido le fuesen regaladas cuando Wessex fué subyugado completamente por Mercia, provincias que Sussex podía considerar como posesión segura desde el momento en que Wessex había entrado en un período de completa descomposición á consecuencia de las luchas que, á la muerte del rey Coinwalch (672), estallaron entre la familia de Cerdic, y por efecto tambien de las nuevas contiendas con los mercios. De este estado deplorable comenzó á salir Wessex á principios del año 680. Ceadwalla, hijo de un antiguo rey vecino, conquistó cierta celebridad como pirata, durante la guerra de fronteras con Sussex; luego derrotó á una porción de rivales, fué proclamado rey en 685 y confirmó su mision de soberanía llevando sus devastaciones hasta Kent y conquistando á Sussex y la isla pagana de Wight. Los horrores que siguieron, especialmente, á la toma de esta isla, fueron tales que se creyó que Ceadwalla se había propuesto acabar con todos sus habitantes para repoblarla de nuevo con su gente. Esto no obstante, Wilfrido no tuvo reparo alguno en aliarse con el vencedor. En el platillo de la balanza del celo religioso, todos aquellos horrores nada significaban, porque recaían exclusivamente sobre infieles. Además, Ceadwalla había prometido, para el caso de conquistar la isla, destinar al Señor, es decir, á fines religiosos,

la cuarta parte del botín y del territorio, promesa que cumplió puntualmente. Este rey, á pesar de no haber sido todavía bautizado, era tan religioso que habiendo caído en su poder los dos hijos del rey de la isla, detenidos en su fuga, les hizo convertir al cristianismo por el abad de Redford, despues de lo cual ordenó que se les diera muerte.

Es indudable que Roma seguía con atención suma la catolización de Britania; allí llegaban con frecuencia sacerdotes anglo-sajones que podían dar noticias de lo que acontecía y á su vez los papas enviaban á Inglaterra personas de su confianza para que examinaran la ortodoxia de aquella Iglesia. Así, por ejemplo, cuando durante el pontificado de Agaton (679-682) llegó á Roma un abad inglés, Bishop, con el sobrenombre de Benedicto, para tratar de asuntos referentes al convento de Wearmouth, por él fundado en el Sunderland, le acompañó á su regreso el célebre cantor de San Pedro, maestro Juan, para convencerse de que las doctrinas de la Iglesia anglia acerca de la voluntad divina en Cristo estaban conformes con los acuerdos del sínodo romano. A instancias de Juan, que tambien se ocupó en Inglaterra en la propagación del canto usado en San Pedro y de las tablas pascales seguidas en Roma, convocó el arzobispo Teodoro, en setiembre del año 680, un sínodo (1) en Heatfield, en el cual fueron adoptados por los obispos anglos los principios de los anteriores concilios ecuménicos y del citado sínodo romano. Estos obispos estaban orgullosos de ser tan ortodoxos como la misma Roma, y en prueba de su ortodoxia entregaron al emisario pontificio una copia de sus acuerdos sinodales, que satisfizo al papa en alto grado.

La Iglesia romana tenía que agradecer la victoria conseguida en el suelo inglés á la protección de la monarquía; pero el espíritu que la animaba fué muy pronto tan potente que no solo penetró en el ánimo de todo el clero sino que dejó sentir su influjo en el de los mismos reyes. Así como hasta entonces los reyes eran los que instituían á los obispos, el arzobispo Teodoro se atrevió en algunos casos á instituir y destituir por sí y ante sí á algunos prelados, y si no protegió á un obispo tan romano como Wilfredo contra el proceder del rey Ecfrido, fué acaso por el temor de que el monarca, enemigo personal de Wilfredo, se inclinara de nuevo á la Iglesia británica, y quizás tambien por el hecho de que Wilfredo, como obispo de todo el Northumberland, se opusiera á una división de esta extensa diócesis y como sucesor de Paulino en York promoviese algunas dificultades al primado de Cantorbéry. Muerto Ecfrido y habiendo consentido Wilfredo en la reducción de su diócesis, restituyóle á ella, conforme á las instrucciones pontificias, y destituyó á los otros obispos que habían ocupado su puesto. Es innegable que en aquella cuestión Teodoro procedió con cierta prudencia, que era necesaria así por lo que se refería á Roma como por lo concerniente al rey. El rey y el pueblo se acostumbraron poco á poco á ver en el sacerdote un sér superior y en la vida religiosa la verdadera vida que conduce seguramente al cielo. Los reyes comenzaron á preferir la muerte en la celda de un convento á la muerte en el campo de batalla, que era la suerte generalmente deparada á los que no morían á manos de un asesino. Sigeberto de Estanglia fué, segun parece, el primer rey que se hizo monje; despues Oswin de Northumberland, durante su última enfermedad, hizo el voto de que

(1) No tenemos noticia alguna de que, conforme á lo prevenido en 673, se celebrara un sínodo anual, pero es indudable que se celebraron mas de los que han llegado á conocimiento nuestro. En el año 684 se celebró un concilio en Alnwich (Northumberland), y la consagración de San Cuthberto para el obispado de Lindisfarne, que tuvo efecto en la Pascua del año 685, en York, pudo muy bien ser consecuencia de un sínodo, pues que á ella asistieron siete obispos.

si curaba iría á Roma, á terminar sus días en un lugar religioso. El cambio fundamental que en su modo de pensar experimentó el pueblo está demostrado por el ejemplo de aquel sanguinario Ceadwalla de Wessex. Pocos años antes había adquirido la soberanía y en todas partes se había hecho temible y se había conquistado un famoso porvenir; su belicoso hermano Mul, había sido sorprendido y quemado vivo por los de Kent, durante una de sus excursiones, y este hecho debió de conmoverle é impresionarle tanto que al año siguiente renunció á cuanto había codiciado, patria, creencias y reino, para dirigirse á Roma, donde se convirtió firmemente al cristianismo, abrazando la vida monástica. Bautizado allí, con el nombre de Pedro, falleció pocas semanas despues (20 de abril del año 689). La bendición del papa y una tumba en el templo de San Pedro como la que tuvo Ceadwalla, halagaron mas adelante á muchos reyes anglos y sajones, induciéndoles á seguir el ejemplo de Ceadwalla.

Ethelberto de Kent había tenido razon en temer que el trato con los emisarios del papa ejerciera sobre él mágica influencia. Al fallecer, en 19 de setiembre del año 690, el arzobispo Teodoro de Cantorbéry, la Iglesia romana, cuya forma definitivamente se había arraigado entre los anglos y los sajones, era el mas fuerte lazo de union que existía entre todos los pequeños Estados de aquel pueblo, y que los sujetaba cada vez con mayor fuerza, á pesar de sus innumerables luchas. Inglaterra consiguió su unidad religiosa mucho antes que su unidad política.

CAPITULO VI

LA IGLESIA Y LA CIVILIZACION DURANTE EL SIGLO OCTAVO

Si importante fué la victoria de la Iglesia romana para el porvenir de los anglo-sajones, que gracias á ella participaron definitivamente de los beneficios de la civilización de Occidente, no lo fué menos la desaparición de las diferencias que en punto á religion existían entre los anglo-sajones romanos y los britanos, que hasta entonces se habían mantenido afezados á su cómputo especial para la fiesta de Pascua y á sus prácticas religiosas particulares. La reconciliación fué preparada por el abad Adaninan de Hy, el cual, como embajador de su pueblo cerca del rey Aldfrido (2) de Northumberland (685-705), adoptó el sistema romano, y sino por el instante en su convento y en su jurisdicción, logró introducirlo en aquellos territorios irlandeses que no dependían eclesiásticamente de Hy. Al poco tiempo, el rey picto Naithan, para instruirse sobre los puntos en discusión, se dirigió al abad anglo Ceolfrido de Wearmouth y Jarrow, y la controversia que con él tuvo, y que conocemos por la *Historia eclesiástica* de Beda (libro V, cap. 21), le convenció de tal manera que inmediatamente suprimió las tablas del ciclo de 84 años que hasta entonces habían servido para calcular la fiesta de Pascua é hizo sacar una copia de las del ciclo de 19 años, de que se servía para dicho objeto la Iglesia romana. La tenaz persistencia de Hy en el antiguo sistema, la ponía evidentemente en peligro de perder su importancia dentro de la comunión eclesiástica nacional, y habiendo comenzado á sentir su aislamiento, se había ido aproximando cada vez mas á la Iglesia romana. El conocimiento de esta situación, mas que la influencia del anglo Egberto, tan respetado entre los celtas,— que desde muchos años antes vivía en Irlanda, hasta que

(2) El citado primogénito de Oswin, Alchfrido, era hijo legítimo de aquel, y fué el que en 653 se casó con una hija de Penda; muerto antes que su padre, hay que distinguirlo de su hermano ilegítimo Aldfrido, que despues fué rey, como lo ha demostrado plenamente Lappenberg (I, 180).

en 716 se trasladó a Hy,—contribuyó á que el convento de Hy consintiera en ceder en los detalles hasta entonces con tanto celo defendidos. Irlandeses, pictos y escotos reconocieron, pues, exteriormente la comunidad eclesiástica con los anglios, y de este cambio pudo muy bien depender el hecho de que la creación de un obispado romano entre los escotos del Sur, en la Casa Blanca (Whithorn), no tropezara con ninguna de las dificultades que veinte años antes habían sido causa de la prematura desaparición del obispado de Abercurnig, entre los pictos. El primer obispo de Casa Blanca fué el anglio Pecthelm. Los celtas de Gales, que continuamente tenían que defender su libertad contra los ataques de los sajones occidentales y mercios, fueron los únicos que no pudieron decidirse á celebrar la Pascua en la misma fecha que sus odiados enemigos y á ver en sus sacerdotes la misma tonsura que llevaban los sacerdotes de aquellos.

El clero anglio, defensor de la causa romana, cuando ya no tuvo que combatir al paganismo consideró como importantísima la polémica contra los errores celtas; pero una vez terminada, y sin objeto capital dicha polémica, cuidóse más de las cuestiones que de cerca le tocaban. Es innegable que la victoria conseguida por el clero romano sobre los celtas aumentó, de rechazo, la consideración de que gozaba el clero entre los anglios y los sajones. Los obispos se nos presentan como miembros, y por cierto los más importantes, de los consejos del monarca; ellos y los abades para los conventos más importantes, sentábanse con el Ealdorman y el Conde en la asamblea del Sire. Los curas de las iglesias parroquiales, cuyo número había ido en aumento desde principios del siglo VIII, tomaban parte en las resoluciones acordadas por el municipio sobre asuntos civiles. Es indudable que allí como en todas partes, durante la Edad media, se presentaba el peligro de que el elemento eclesiástico se sobrepusiera al elemento civil. Pero la consideración de que gozaba el clero, por grande que pudiera ser, tuvo desde un principio sus límites, y la adhesión que los reyes y los pueblos manifestaban á la Iglesia no significaba en manera alguna ciega tolerancia respecto de sus representantes. El municipio tenía constantemente el derecho de intervenir en la administración de los bienes del clero, que solo se diferenciaban de los bienes comunes en el objeto especial á que estaban destinados, y por otra parte, los bienes de la Iglesia estaban, como los demás, sujetos á las cargas generales del Estado. La legislación eclesiástica tal como se practicó y desenvolvió en los sínodos, solo tenía fuerza de ley para los legos cuando era aceptada y tolerada por las autoridades civiles, y los sacerdotes estaban sometidos á los tribunales ordinarios en todos los asuntos que no eran puramente eclesiásticos. Por último, un gran número de obispos debía su posición á la voluntad del monarca. En continuo desacuerdo mútuo y necesitados, para desenvolver su actividad, de la protección de los reyes, hubiera sido para ellos un mal negocio ponerse en lucha con ellos ó querer trazar límites demasiado estrechos á su poder.

El tantas veces citado obispo Wilfrido de Northumberland (1) es el más notable ejemplo, ya que no el único, de un obispo que sucumbió en sus luchas con la monarquía, pues á pesar de que el sínodo reunido, en 679, en Roma declaró improcedentes las acusaciones de sus enemigos, protegidos por el rey Ecfrido, este no solo se negó á restablecerle en su obispado sino que le injurió, encarceló y expulsó del país, cuidando de que sus cuñados Aethelredo de Mercia y Centwin de Wessex no admitieran en sus dominios al desterrado.

(1) Me place poder mencionar respecto de este hombre importante un trabajo que pronto saldrá á luz y que es debido á mi discípulo Carlos Obsér.

rado. Después de la muerte de Ecfrido, y por mediación de Teodoro, consiguió Wilfrido recobrar por lo menos una pequeña parte de su antiguo obispado, pero fueron desestimadas las pretensiones que formuló respecto del resto, pues entre tanto habían sido instituidos en el Northumberland otros obispos que no quisieron abandonar sus puestos. Además, el nuevo rey Aldfrido no estaba conforme con el restablecimiento de todo el obispado, como pretendía Wilfrido, restablecimiento que estaba también en contradicción con la política religiosa seguida por Teodoro, cuya base era la división de las diócesis demasiado grandes. Ante la unión de estos dos adversarios sucumbió nuevamente Wilfrido, huyendo á Mercia, donde el rey Ethelredo le confirió por de pronto la administración del obispado del Anglia central. Las continuas exhortaciones de los papas Benedicto II y Sergio I no consiguieron mejorar la situación de Wilfrido, antes bien contribuyeron á empeorarla, porque desde el momento en que apeló á ellas apareció á los ojos del país como el órgano de una autoridad y de un derecho extranjeros. En el sínodo celebrado, en 703, en Estrefield, junto á Ripon, los obispos puestos en su lugar, el rey y el mismo sucesor de Teodoro, el arzobispo Bertwald, convinieron en que Wilfrido debía renunciar á la dignidad episcopal y contentarse con la abadía de Ripon; y habiendo él apelado á Roma de esta resolución parcial, la indignación llegó á su colmo, al ver que acudía á jueces extranjeros para resolver cuestiones esencialmente nacionales. Wilfrido fué protegido por su amigo el rey de Mercia, pero sus partidarios fueron objeto en el Northumberland de duras persecuciones.

El cumplimiento incondicional de las decisiones pontificias favorables á Wilfrido hubiera podido motivar, dada la apasionada excitación que reinaba, un cisma en la joven Iglesia anglo-romana y la separación del Northumberland del primado romano que, como se ve, no se había aun arraigado firmemente en el país; Wilfrido, que había figurado en primera línea entre los que habían trabajado para establecerlo en su patria, no hubiera podido evitar este cisma. Por tanto, acompañado de Eddi, que después fué su biógrafo, se dirigió por tercera vez á Roma é hizo que fueran citados ante la curia sus adversarios; pero luego, en las discusiones prolijas que se siguieron, mostróse en extremo conciliador, aconsejando á la curia que tratara benignamente al obstinado rey, y por amor á la paz se manifestó dispuesto á renunciar á una parte de su antigua diócesis, es decir, á York. La curia, por su parte, se cuidó también de contemporizar, por medio de su sentencia, con el espíritu nacional de los anglios; en efecto, absolvió á Wilfrido de todas las acusaciones que se le habían dirigido, pero no decretó su restitución, sino que se contentó con recomendar expresamente al arzobispo Bertwald que procurara reconciliar á Wilfrido con los obispos que no querían cederle sus puestos y con el rey de Northumberland. Una de las cosas que más caracterizan los sentimientos que animaban á los reyes anglo-sajones respecto de Roma, es el hecho de que Aldfrido, á pesar de ser considerado como buen religioso, persistió en su enemistad contra Wilfrido, haciendo imposible, hasta después de su muerte, el regreso de este obispo, de manera que Bertwald no pudo llevar á cabo la reconciliación que le habían recomendado desde Roma hasta que, durante el reinado de Osredo, menor de edad, se celebró el sínodo de Nidd (706); y aun entonces no consiguió su propósito sino cuando Wilfrido, cansado de la lucha, hizo más concesiones de las que le había señalado la Santa Sede. En efecto, se contentó entonces con el obispado de Hexham y con la abadía de Ripon, renunciando á los demás territorios que comprendía su antigua diócesis del Northumberland, y que

subsistieron como obispados especiales, según el plan de Teodoro. Algunos años después, cuando Wilfrido, en el año 709, por invitación del rey Ceolredo de Mercia, cuya consideración hacía él igualaba á la que le había manifestado su padre Ethelredo, emprendió la visita de las iglesias de aquel territorio, falleció, á la edad de 75 años, en aquel país que durante tanto tiempo le había ofrecido seguro asilo. Wilfrido fué indudablemente uno de los más importantes campeones de la primacía romana entre los anglo-sajones, cuya disciplina se salvó de una peligrosa crisis gracias á su prudente condescendencia. Perseguido en vida, fué después de su muerte venerado con la misma intensidad con que se arraigaron las doctrinas por él sustentadas. Habiendo un incendio destruido en 948 la iglesia de Ripon, por él construida, en la cual se encontraba su tumba con una pomposa inscripción recordando su fama, sus restos fueron trasladados á Cantobery.

Wilfrido pudo ejercer pocos años su actividad en los territorios del Northumberland que le habían sido especialmente confiados; pero ya hemos visto lo que en tan corto espacio de tiempo hizo para introducir en ellos el arte y la civilización. La mayor parte de su vida la pasó en el destierro y vagando por el extranjero, pero donde quiera que fijó su planta, encontró manera de realizar el pensamiento que le dominaba por completo, á saber: la propagación y el robustecimiento del cristianismo y de la disciplina eclesiástica romana. En Mercia y Essex fué reformador, en Sussex catequizador, y entre los frisones, el primer anglo-sajón que predicó á los alemanes del continente.

Cuando Wilfrido, á raíz de su primer destierro, fué á Roma (678), no escogió el camino más corto, que le hubiera conducido por la Francia neustria, sino que tomó el más largo, es decir, el de la Frisia, para huir de las persecuciones del mayordomo Ebruin, contra él excitado por sus enemigos del Northumberland (1). Acogido cordialmente por el rey Aldgildo, bautizó á un gran número de súbditos de este, y aun cuando el éxito conseguido durante una corta permanencia ha sido un tanto exagerado, no puede tampoco considerarse como exiguo, pues Wilfrido manifestó siempre gran interés por los progresos de la misión frisona y de la sajona, que tan íntimamente relacionada con ella estaba.

Se comprende perfectamente que los anglo-sajones, al sentir el afán de las misiones, se dirigieran primeramente á los bajos alemanes, mas afines á ellos en origen é idioma, así como los sacerdotes britanos, en su natural antipatía hacia estos compañeros de sus enemigos, procuraran apartarse de ellos y se dedicaran á la conversión de los alemanes del interior. Por esto los que continuaron la obra comenzada por Wilfrido fueron los anglios, á pesar de ser hombres que habían recibido su educación entre los britanos, que vivían con ellos y que eran á propósito para acabar en cierto modo con el antagonismo todavía existente. Entre ellos sobresale el mencionado Egberto, el cual mucho antes de fijarse en Hy y cuando se encontraba todavía en la plenitud de sus fuerzas, concibió el formal proyecto de dirigirse á Alemania, y al ver que este proyecto chocaba contra algunos obstáculos envió allí á un gran número de discípulos para que constituyeran una misión. Distinguiéronse también en este sentido Withberto, que predicó durante dos años en Frisia y regresó á su patria sin haber podido conseguir gran cosa por no haber encontrado apoyo en el nuevo rey Ratbod, y Wilbrord y sus doce compañeros, á quienes el mayordomo Pipino confió la conversión de la parte meridional de Frisia, que aca-

(1) Esto según Eddi. Beda, que utilizó la obra de este, hace llegar á Wilfrido á Frisia como por casualidad, *ante Favonio pulsus*.

baba de ser arrebatada á Ratbod. Wilbrord, como anglio, antes de poner manos á la obra la enlazó con Roma, haciéndose consagrar obispo por el papa Sergio. Otros dos sacerdotes anglios llamados Ewaldo, que se distinguían por los sobrenombres de *el blanco* y *el negro* por el color de sus cabellos, hicieron sus ensayos entre los antiguos sajones, donde encontraron prematura muerte. Sidbertho, compañero de Wilbrord, á quien Wilfrido había consagrado obispo de misión (692-693) y enviado al país de los bructeros, fué de allí arrojado por las irrupciones de los sajones y se contentó con fundar en Kaiserwerth, territorio que Pipino le había cedido, un convento, quizás con el propósito de que los monjes continuaran en mejores tiempos la obra por él comenzada. Wilfrido visitó, en 703, los lugares donde en otro tiempo había ejercido su actividad, y se detuvo en ellos, al lado de Wilbrord, al emprender su último viaje á Roma.

La verdadera medida para apreciar estos esfuerzos, que no pudieron hacer allí ulteriores progresos, no es fácil de encontrar, y pudiera muy bien ser que la misión de Wilbrord, realizada en circunstancias relativamente favorables, fuese la única que por el momento produjera resultados notables. Pero aquellos misioneros no solo llevaron á los germanos la simiente del cristianismo sino su propia instrucción, que con ser tan religiosa como era, no se desdénaba de beber en las fuentes del mundo antiguo. Presentáronse armados no solo con la Biblia, como instrumento de su actividad, sino también con las obras de los clásicos para las horas de reposo y de tranquilo estudio. En Viena se conserva todavía el precioso manuscrito de Tito Livio que Guidberto llevó á Alemania (2), y como este recibió la consagración de manos de Wilfrido, es de suponer que obtuvo de él como presente el referido libro. Wilfrido, durante sus viajes por Inglaterra é Italia, tuvo con frecuencia ocasión de proporcionarse manuscritos de esta clase, que cuidó de multiplicar.

Es de notar que apenas se encuentra una faz de la vida anglo-sajona en la que no se vean las huellas de Wilfrido; pero sería injusto dejar de recordar á otros casi tan sabios como él y no pensar en la vida espiritual que se manifestaba en los lugares destinados por los anglo-sajones al culto, siendo esto tanto más admirable cuanto que fuera de ellos encontramos un Estado rudo y hasta bárbaro. El genio germánico se identificó con increíble facilidad con las doctrinas para él extrañas que le enseñaron los maestros britanos y romanos.

Vivia en Deira un hombre de la clase baja llamado Caedmon, que hasta muy entrado en edad desempeñó un triste papel en los alegres festines de sus compañeros, porque ni sabía cantar ni hablar. De repente y como por inspiración se sintió dotado del espíritu poético, de manera que soñando cantaba sus composiciones y al despertar las recordaba perfectamente. Los pasajes de la Biblia que le eran recitados, — pues no sabía leer ni escribir, — eran por él convertidos en cantos. Instado, según refiere Beda, por la abadesa Hilda de Streaneshealch, nieta del rey Edwin, que había ganado para su convento el favor de aquel hombre raro, fué cantando paulatinamente en su idioma alemán todo el Génesis, la historia del pueblo de Israel en Egipto y en la emigración, la vida de Jesús, la gran fiesta de Pentecostés, los hechos de los Apóstoles, el Juicio final y los tormentos del infierno. Pero de todo lo que produjo su ingenio, solo se conserva el himno que Beda, en su obra, tradujo al latín y que referente á la Creación dice así:

«Es preciso ensalzar la vigilancia del reino de los cielos, el poder y la sabiduría del Criador, la obra del Padre de la

(2) S. Wattenbach, *Fuentes históricas*, I, 104.